

HUGO CORREA, **LOS ALTÍSIMOS**

2ª ED. VALPARAISO, EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAISO, 1973.

La novela *Los Altísimos* fue publicada por su autor en 1959. La edición de EUV, catorce años después, muestra cambios significativos en la estructura sintáctica del discurso. No se trata de adiciones, sino que, por el contrario, se ha buscado eliminar del relato del narrador una serie de momentos no narrativos que abultaban el discurso deteniendo innecesariamente, a veces, el ritmo de la narración. Así, por ejemplo, al comenzar el capítulo III, en la ed. 59, se leía:

Dormí el equivalente de una noche. Al despertar, al cabo de un sueño tranquilo, vi junto a mi cama una máquina cuadrada, montada sobre ruedas, con cuadrantes y dispositivos que me eran conocidos. Estaba examinándola, con la falta de entusiasmo que no me abandona desde mi despertar en la clínica, cuando entra L.

Se acerca sin saludar, y me dice:

—Esta máquina le enseñará nuestro idioma en pocas horas. Quédese tranquilo y verá como todo resulta fácil.

Coge una especie de micrófono, y, luego de silabear una cifra clave, se enciende una lucecita entre los cuadrantes”.

El mismo capítulo en la edición de EUV, comienza de la siguiente manera:

Al despertar, al cabo de un sueño tranquilo, descubro junto a mi cama una máquina cuadrada, montada sobre ruedas. Estoy examinándola, cuando entra L.

—Esta máquina le enseñará nuestro idioma en pocas horas.

Me alarga una especie de casco, unido al aparato mediante un cable.

—¿Qué debo hacer?
—pregunto nervioso.

La comparación entre ambos párrafos permite puntualizar, a modo de ejemplo, algunos cambios que la segunda edición comporta con respecto a la de 1959. En primer lugar, salta a la vista la acuñación de las nuevas imágenes de las situaciones comunes a ambos textos (en la ed. 59 se hablaba de un micrófono; en la ed. 73 se trata de un casco. La modernización no es casual. En 1969, Hugo Correa publicó *Los Títeres*, una de cuyas situaciones recurrentes era el empleo de cascos que proyectan la personalidad del usuario hacia su sosías). En segundo lugar, el discurso del narrador ha experimentado alteraciones notables. En la ed. 59 se encuentran tres modos de decir ex-

plicatorios que están absolutamente de más y que han desaparecido de la **ed. 73**. Tal es el caso, por ejemplo, de la expresión "con cuadrantes y dispositivos que me eran desconocidos" (**ed. 59**). Esta intromisión del narrador en la secuencia narrativa sobraba de plano, pues el lector ya sabía que el protagonista se hallaba en un mundo insólito para él. Finalmente, es notable también el primer plano que ha alcanzado el parlamento de los personajes, debido a que el narrador de la **ed. 73** omite las expresiones introductorias evitando así el estilo indirecto.

En buenas cuentas, estos cambios, como otros que se pueden detectar a lo largo del relato, tienen como finalidad restringir, en la medida que lo permite un discurso en primera persona, la excesiva participación del narrador en lo relatado, tal como ocurría innecesariamente en la primera edición de la novela. En ésta, la configuración de la imagen del mundo se veía menoscabada por el prurito del narrador que pretendía explicar todo hasta en sus más mínimos detalles. De esta forma, persistía una cierta distancia entre el lector y la materia representada que no era favorable a las convenciones del así llamado género de **ciencia-ficción**, donde el fenómeno signado por Ortega como hermetismo es fundamental en el proceso de la lectura.

Más allá de estas observaciones de orden técnico, es indudable que **Los Altísimos** es una obra importante para cualificar el desarrollo de la narrativa chilena. La **ciencia-ficción** es una forma literaria poco trabajada en nuestro país y el caso de Hugo Correa es el de un escritor que, pese a su individualidad solitaria en esta vertiente literaria, ha alcanzado un renombre más allá de nuestras fronteras. **Los Altísimos** surge a la vida literaria

en un momento preciso de su desarrollo: cuando una generación de novelistas ha madurado la experiencia acumulada a partir de la década de los años cuarenta en adelante, interiorizándola en una imagen literaria que alcanza autonomía completa y que pretende dar cuenta de los problemas existenciales del hombre contemporáneo. Los compañeros de generación de Hugo Correa acuñarán sus imágenes de la realidad usando materiales de la experiencia histórica o de la tradición literaria nacional, elementos que serán transferidos a un cosmos absolutamente particular. Correa, por el contrario, asienta el problema existencial del hombre en un mundo literario cuyo material es absolutamente ajeno a la cotidianidad, encontrando en la **ciencia-ficción** los elementos necesarios para su construcción.

En este aspecto, **Los Altísimos** pertenece a la más alta categoría de este género, es decir, a aquellas obras cuya imagen de la realidad está al servicio de revelar las condiciones alienantes de la sociedad contemporánea y cuya significación trascendente no puede sino ser, en consecuencia, profundamente pesimista. Nos encontramos en presencia de un relato que narra las experiencias de un terrestre trasladado sin saberlo, a un mundo desconocido, a un planeta errante llamado Cronn. El motivo que domina la narración es, por lo tanto, el **extraño en el mundo** y su desarrollo permite desplegar ante el lector la visión completa de una civilización que, si bien nada tiene que ver en su estructura social con la nuestra, constituye una posible etapa futura del proceso tecnológico terrestre. El elemento básico en la configuración de la obra es, pues, el espacio. No obstante, no es fácil clasificar **Los Altísimos**, de acuerdo a los géneros narrativos estableci-

dos por Kayser, como una novela espacial sin más ni más. Aquí no se trata de un ambiente físico, geográfico o costumbrista, ni social; en lo aparente, es una forma de civilización y, en lo profundo y esencial, una forma de existencia. Si se permite la definición, nos hallaríamos aquí enfrentados a un **espacio existencial** donde el comportamiento de los personajes y el acontecer mismo están al servicio de mostrar la naturaleza cósmica de la situación humana. El relato proyecta, pues, a nivel de la totalidad universal, el rasgo básico de la condición humana entendida como dependencia de algo o alguien superior, en su encadenamiento infinito. En esta cadena, los que olvidan su condición deben pagar la culpa necesaria e inevitable.

Desde este punto de vista, la contemporaneidad de la obra en lo que se refiere a la interpretación de la realidad es innegable. La expiación o pago de una culpa existencial es una situación recurrente en la narrativa hispanoamericana y chilena actual (piénsese, sin ir más lejos, en *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas). La particularidad artística del relato consiste en comunicar esta situación usando los materiales de la ficción científica, organizados según las experiencias de

un extraño en Cronn que es, a la vez, el propio narrador.

De este hecho, es decir, de la presencia de un narrador-personaje, o representado en la historia, deriva la característica más resaltante del discurso: su doble perspectiva. En efecto, Hernán Varela o X, relata desde un punto de vista distanciado sus primeras experiencias en Cronn. En el discurso alternan y se confunden los momentos en que su conocimiento del mundo es relativo, cuando narra desde la perspectiva de sí mismo como personaje, con aquellos en que, desde la perspectiva distanciada propia del momento de la enunciación, universaliza sus experiencias particulares o nos trasmite la historia de Cronn anterior a su llegada.

Este narrador-personaje es quien, finalmente, podrá extraer de sus peripecias en el planeta las consideraciones sobre la imagen de la existencia en el universo como una cadena infinita, como un sistema jerárquico inflexible o un ordenamiento al fin del cual se encuentra una voluntad desconocida y todopoderosa, similar, por su presencia a la imagen del Dios de los cristianos, pero cualificada por una aterradora lejanía.

JOSE PROMIS